



do estructuras muy intrincadas que atañen al conjunto de la sociedad humana. Al parecer, pues, la situación era mucho más complicada. Con cada paso que da, uno se aleja del individuo para integrarse en una red social y el número de vínculos con otros seres humanos y la complejidad de esos vínculos crecen y crecen a gran velocidad. Mientras reflexionaba sobre este problema, empecé a leer la obra de otros científicos de lo social, desde los solitarios eruditos alemanes de finales del siglo XIX hasta los visionarios sociólogos de la década de 1970, que estudiaron redes sociales que iban desde tres hasta treinta personas. Por mi parte, lo que más me interesaban eran las redes sociales compuestas por tres mil, por treinta mil o, incluso, por tres millones de personas.

Me percaté de que, tratándose de una materia tan compleja, progresaría más colaborando con otro investigador. Y resultó que James Fowler, un compañero de la Universidad de Harvard, también estaba estudiando las redes sociales, aunque desde un punto de vista completamente diferente. James y yo no nos conocíamos, a pesar de llevar trabajando varios años en el mismo campus y en edificios contiguos. En 2002 nos presentó un amigo común, compañero de ambos, el politólogo Gary King. En otras palabras, empezamos nuestro viaje porque los dos éramos amigos de un amigo. A Gary se le ocurrió que podíamos tener intereses intelectuales comunes y acertó. En realidad, el hecho de que llegásemos a conocernos gracias a nuestra red social ilustra uno de los puntos importantes sobre el cómo y el por qué del funcionamiento de las redes sociales y la forma en que nos benefician.

James ha pasado varios años estudiando el origen de las creencias políticas de la gente y analizando hasta qué punto el modo en que una persona intenta resolver un problema social o político influye en otros. ¿Cómo llegaron los hombres a conseguir juntos lo que no podían conseguir por separado? Por lo demás, James compartía conmigo el interés por otros temas que también forman parte relevante de esta historia: el altruismo y la bondad, esenciales para que nuestras redes sociales crezcan y perduren.

Al mismo tiempo, en el momento en que tuvimos la idea de que las personas están conectadas por inmensas redes sociales, nos dimos cuenta de que nuestra influencia no termina en las personas que conocemos. Si es cierto que tenemos alguna influencia en nuestros amigos y si es también cierto que éstos tienen influencia en sus

amigos, entonces en teoría nuestras acciones pueden alcanzar a personas a las que ni siquiera conocemos. James y yo empezamos estudiando los efectos de las redes sociales en la salud y descubrimos que si el amigo del amigo del amigo de un amigo tuyo aumenta de peso, tú aumentas de peso. Descubrimos además que si el amigo del amigo del amigo de un amigo tuyo empieza a ser feliz, tú empiezas a ser feliz.

Finalmente comprendimos que hay reglas fundamentales que gobiernan la formación y el funcionamiento de las redes sociales. Llegamos a la conclusión de que si íbamos a estudiar la forma en que las redes operan, también teníamos que entender cómo surgen. No se puede, por ejemplo, ser amigo de todo el mundo. Las personas estamos limitadas por la geografía, por la tecnología e incluso por los genes, y en virtud de todas estas cosas tenemos cierto tipo de relaciones sociales y determinado número de ellas. La clave para comprender a las personas es comprender los lazos que las unen, así que nos concentramos en esos lazos.

Nuestro interés en estos temas ha coincidido con el de muchos otros investigadores que en los últimos diez años han estudiado las redes desde el punto de vista de la ciencia y de las matemáticas. Cuando empezamos a estudiar las conexiones humanas, nos encontramos con que había ingenieros estudiando las conexiones de las centrales eléctricas, neurólogos estudiando las redes neuronales, genetistas estudiando las redes genéticas y físicos estudiando las redes que lo conectan casi todo. Sus redes también pueden ser valiosas, nos dijimos, pero las nuestras son más interesantes, mucho más complejas y tienen mayores consecuencias. Al fin y al cabo, los nodos de nuestras redes ¡son seres humanos pensantes! Pueden tomar sus propias decisiones; pueden cambiar las redes incluso cuando forman parte de ellas o éstas los afectan. Las redes de seres humanos tienen una vida muy especial.

Al igual que los científicos se interesan por la belleza subyacente y por el poder clarificador de las redes, es cada vez más frecuente que el hombre de la calle piense en ellas. Esto parece deberse a que ahora tiene la posibilidad de conectarse a Internet desde su casa, lo cual da a todos una idea de la forma en que pueden estar interconectadas un buen número de cosas. Ya es normal hablar en tono coloquial de «la red» e incluso de la «(world wide) web» (por no mencionar que una de las películas de mayor éxito de los últimos años,

*Matrix*, se ocupa del tema), y muchas personas se dan cuenta de que no sólo los ordenadores están interconectados, sino de que también ellas lo están. Las conexiones, además, son explícitamente sociales, hasta el extremo de que hoy en día casi todo el mundo ha oído hablar de sitios web como Facebook y MySpace, que son, específicamente, redes sociales.

A medida que James y yo íbamos estudiando las redes sociales con mayor profundidad, empezábamos a verlas como una especie de «superorganismo» humano. Tienen vida propia. Pueden crecer y evolucionar. En su seno pueden fluir y moverse todo tipo de cosas. El superorganismo tiene su propia estructura y funciones y James y yo nos obsesionamos por comprender su funcionamiento.

Vernos a nosotros mismos como parte de un superorganismo nos permite ver nuestras acciones, nuestras elecciones y nuestras experiencias bajo un nuevo prisma. Si formar parte de las redes sociales nos afecta y nos afectan también otras personas que mantienen con nosotros lazos muy estrechos o muy laxos, es evidente que perdemos cierto poder sobre nuestras elecciones. Una pérdida de individualidad semejante puede dar pie a reacciones especialmente fuertes cuando las personas descubren que sus vecinos o incluso que unos desconocidos pueden ejercer cierta influencia en algunos hábitos y conductas que tienen consecuencias morales o sociales. Por el contrario, el lado positivo de esto es darse cuenta de que los individuos podemos trascendernos a nosotros mismos y nuestras limitaciones. En este libro sostenemos que la interconexión con los demás no sólo es una parte natural y necesaria de nuestra vida, sino también una fuerza positiva. De igual modo que el cerebro hace cosas que una sola neurona no puede hacer, las redes pueden hacer cosas de las que una sola persona es incapaz.

Durante décadas, siglos incluso, el debate sobre las preocupaciones más graves de la humanidad, como las que giraban en torno a la vida o la muerte de una persona, o en torno a su riqueza o pobreza, o a la justicia o injusticia de sus actos, se reducía a los siguientes términos: individuo frente a responsabilidad colectiva. A grandes rasgos, los científicos, los filósofos y todos los que han reflexionado sobre la sociedad se pueden dividir en dos grupos: los que piensan que los individuos controlan su destino y los que creen que la culpa de todo (esto es, desde la ausencia de una buena educación pública hasta la presencia de un gobierno corrupto) es de las fuerzas sociales.

Pero nosotros opinamos que en este debate falta un tercer factor. A la vista de nuestras investigaciones y de las diversas experiencias que hemos vivido —desde conocer a nuestras esposas a conocernos nosotros dos, desde cuidar de pacientes con una enfermedad terminal a construir letrinas en aldeas pobres—, creemos que nuestras conexiones con otras personas son lo que más importa y que, al vincular el estudio de los individuos con el estudio de los grupos, la ciencia de las redes sociales tiene mucho que decir sobre la experiencia humana. Este libro trata de nuestras relaciones con los demás y de cómo afectan a nuestras emociones, al sexo, a la salud, a la política, al dinero, a la evolución y a la tecnología. Pero sobre todo trata de lo que nos hace singularmente humanos. Para saber quiénes somos, debemos comprender cómo estamos conectados.